

Cuestión de método. ("El Mercantil Valenciano", Valencia, 1 marzo 1918)



# Cuestión de método

Aun no nos han llegado los suficientes datos para poder juzgar del sentido que arroja el resultado de las últimas elecciones. Parece, sin embargo, que el socialismo ha ganado campo que ha perdido el viejo republicanismmo histórico. Lo que aparece triunfante es el Comité de huelga, y en general todo lo que en el pasado verano se puso resueltamente y sin ambigüedades ni ambages de parte del movimiento huelguístico revolucionario. Y de otro lado, Maura y los suyos.

¿Qué sentido puede darse al hecho de que en Madrid hayan triunfado con Maura y los suyos Iglesias y Besteiro, en Bilbao un socialista y otro en Valladolid? ¿Qué tienen unos y otros de común?

Lo más característico de Maura y de los significados mauristas en la última etapa era su actitud frente al monarca. Sin ser antimonárquicos, sin combatir el régimen, criticaban acerbamente la gestión y la persona del soberano. Es ya cosa pública la actitud airada de éste frente al señor Ossorio Gallardo cuando después de las elecciones municipales fueron a presentarse los concejales mauristas de Madrid. Maura había repetido, además, que él no tenía hecho pacto alguno con la monarquía. Jamás le ha oído nadie aquella tontería de abyecto servilismo de la constancialidad de la monarquía y la patria, tontería que ha prodigado el pobre Dato. Ni es un secreto que los mauristas se preparaban, en caso de revolución triunfante, a constituir la derecha de una República española, sin locos ensueños de una Restauración como aquella de 1876.

Los socialistas, por su parte, habían permanecido mucho tiempo alejados de los republicanos, y hasta frente a ellos, mientras éstos se aferraban en dar primacía a la cuestión de la forma de gobierno. Claro está que en el fondo los socialistas eran antimonárquicos en el sentido de que no creían posible realizar ni aun la parte mínima y circunstancial de su programa mientras hubiese monarquía en España; pero consideraban la caída de ésta una consecuencia de otros

cambios más profundos. Sabían además que hay en Europa monarquías que están más cerca del socialismo que lo están las más de las Repúblicas. Lloyd George ha ido en la dirección socialista más lejos que cualquier gobernante francés.

Los republicanos, por su parte, venían haciendo una campaña antimonárquica puramente teórica y genérica. Culminaba en aquella frase célebre de «dos tradicionales obstáculos». El tradicional obstáculo era el régimen. Y así se daba el caso de ese partido ambiguo que era el reformismo, que se declaraba indiferente frente a la cuestión de la forma de gobierno, y que admitía la posibilidad de una República coronada.

Mas he aquí que en poco tiempo, desde que estalló la guerra y empezaron a rodar tronos, todo ha cambiado, y se ha visto hasta lo que más increíble habría parecido hace seis u ocho años la alianza del reformismo con el socialismo. Hace seis u ocho años nadie habría previsto que Weigesen a entenderse para una acción común Pablo Iglesias y Melquiades Alvarez. Y sin embargo así ha sido.

¿Quién ha hecho el milagro? ¿El monarca!

El monarca ha unido a reformistas, republicanos y socialistas, y ha hecho que la opinión pública viva, no la muerta e inerte, se divida entre éstos y los mauristas y los regionalistas, que no se distinguen, ni unos ni otros, por su fervor dinástico.

Y es que se ha comprendido que el verdadero obstáculo a todo progreso de la libertad y de la justicia en España no está tanto en el régimen — con estarlo mucho en él — como en la persona de quien lo encarna y representa. Pablo Iglesias ha apuntado últimamente en sus escritos al verdadero blanco. En uno de ellos nos decía como el monarca preguntaba a raíz de la huelga de agosto si se le había ya quitado la cátedra a Besteiro. Y nos parece claro que él, el soberano, preparaba el rasgo — ¡un rasgo! como el famoso de su abuela — del indulto del Comité de huelga, injusta e ilegalmente condenado por un absurdo tribunal de guerra, y que la amnistía no le hace juego. Melquiades Alvarez, de su parte, también ha apuntado recientemente al verdadero blanco.

Sea lo que fuere de la elasticidad de la monarquía, y si se presta a la transición a un estado social y político verdadera y realmente democrático, de opinión pública, de publicidad absoluta, libre de secreto — los socialistas aliados acaban de pedir, como cosa esencial, el fin de los tratados secretos, — lo claro y evidente hoy en España es que la actual monarquía, la que tenemos y padecemos, la que encarna y representa el actual monarca es incompatible con la libertad, con la democracia, con la patria y hasta con el orden. Es una monarquía antiliberal, antidemocrática, antipatriótica y desordenadora.

Todo depende ahora del fin de la guerra. Si la derrota del imperialismo militarista germánico no fuese completa; si Alemania pudiese seguir viviéndolo después

de hecha la paz bajo el régimen despótico prusiano, bajo el régimen de tratados y pactos secretos entre soberanos y camarillas, entonces aun podría sostenerse algún tiempo — ¿cuánto? — nuestra menguada monarquía apoyándose en nuestro menguadísimo militarismo; pero si triunfan los ideales expuestos mejor que por nadie por Wilson y los pueblos se dan los gobiernos que quieran, sin presión del sable al servicio de las oligarquías, entonces habrá acabado la mopar quía española.

Hoy ésta no se sostiene más que en los políticos de oficio, en los que viven como de una carrera, de la política, por mal que de ellos habla el monarca, aunque nunca tan mal como de él hablan ellos, los que le han servido y se han servido de él.

Sostiénese en ellos y en una oficialidad del ejército; es decir, en unos militares de profesión o carrera — que no en el pueblo armado — que no ven claro en lo que pudiera traerles a ellos — a ellos, que no a la patria — un cambio de régimen. La milicia profesional o de carrera no sabe cómo se las compondría en una República, y no conoce republicanos militaristas. Si tuviera hoy un Prim, es fácil que ella hubiese echado a rodar el trono. Pero por instinto egoísta, que no por patriotismo, se siente movida a sostener el trono por chica o nula que sea su simpatía al que lo ocupa y aunque los militares de profesión no sean los que menos le censuran y hasta maldicen. El monarca, de su parte, finge un afecto al ejército, que estamos lejos de creer que sea sincero.

Así están las cosas. Fuerzas políticas las más diversas empiezan a coincidir por lo menos en una cuestión de método, como es la que al monarca se refiere. Y método quiere decir camino. Y hasta para poder luchar noble y eficazmente entre sí derechas e izquierdas, necesitarán desembrazar el camino del obstáculo a unos y a otros, del obstáculo para la lucha necesaria y renovadora de verdad.

Miguel de UNAMUNO.

